

Boletín mensual para los Servidores de la Renovación en el Espíritu Santo de Cuba

EL DISCERNIMIENTO ESPIRITUAL

por: Monseñor Ramón de la Rosa y Carpio

Primera Parte

I. A qué llamamos discernir

Las ideas claras nos ayudan a comprender las cosas y a profundizar y crecer en ellas. Definamos una vez más, la palabra "discernir". Una idea clara sobre ella nos evitará obscuridades en el desarrollo de nuestras reflexiones. Y esa definición será, precisamente, el primer punto de nuestro trabajo.

Discernir, así lo define el diccionario, es "distinguir una cosa de otra". Discernimiento, por tanto, es el acto, "el pensamiento de la mente por el cual nosotros conocemos la diferencia entre varias cosas". En un mundo tan complejo como el nuestro el discernimiento se aplica tanto al mundo de lo material y visible como al mundo de lo espiritual e invisible. Aquí nos interesa ahora lo espiritual.

Discernimiento espiritual o discernimiento del espíritu es un conocimiento íntimo que nos hace distinguir y diferenciar qué viene del Espíritu de Dios, qué viene del espíritu malo y qué viene de nuestro propio espíritu humano.

Esta definición supone, como se ve a simple vista, que nosotros estamos sumergidos en un mundo espiritual que es múltiple. Un mundo en el que nosotros



recibimos influencias espirituales de diferentes causas. La experiencia nos muestra que lo espiritual se mueve en nosotros. El discernimiento nos llevará a descubrir que nuestra experiencia espiritual puede venir, y de hecho viene, de "diferentes espíritus". A San Ignacio de Loyola, uno de los mejores especialistas de la historia en esta materia, le gustaba hablar del discernimiento espiritual como la distinción entre "lo que viene del buen o mal espíritu".

Cualquier escritor de hoy interesado en el discernimiento, nos recuerda cuan importante es para la protección personal y de la comunidad: el discernir nos

lleva a conocer qué viene del espíritu malo y así podemos poner los medios para defendernos de él. La Iglesia, en sus recomendaciones para los sacerdotes en el nuevo orden de la penitencia, les recuerda que por el discernimiento del espíritu se llega a un conocimiento íntimo de la acción de Dios en el corazón de los hombres. Protege del Mal y se conoce la acción de Dios. ¡Qué útil es para toda persona que quiere vivir según el Espíritu y para aquel que quiere servir a los demás en el orden espiritual!

2. El arte de discernir

No es lo mismo el "arte de discernir" que "el carisma del discernimiento". Lo primero está al alcance de todos en alguna medida, lo segundo es un carisma extraordinario que Dios da a quien desea. Ambos nos llevarán al mismo fin y estarán al servicio de la Iglesia, pero de diferentes maneras.

Demos, ante todo, una idea breve y clara sobre cada uno de ellos.

El arte del discernimiento: es la capacidad de percibir, conocer, entre las experiencias interiores y exteriores que tenemos o vemos en los demás, aquellas que vienen del Señor y conducen a Él y aquellas que provienen del

maligno o de la naturaleza humana y nos alejan de Dios.

3. El carisma del discernimiento, en cambio, se da, cuando Dios mismo, por gracia, da a alguien una especie de instinto sobrenatural, muy seguro, para conocer inmediatamente si los movimientos espirituales que animan a una persona o a un grupo vienen de Dios o no.

Hace poco explicaba este tema a un grupo de seglares. Al final de la charla alguien se acercó a mí buscando orientación y consejo para un problema personal. Por el arte de discernimiento adquirido por el estudio, la experiencia y la oración, pude discernir, de una manera ordinaria y corriente de qué espíritu venía el problema del hombre. Vi en ello una señal de que el Señor quería probar con hechos las enseñanzas que acababa de dar. Reuní al grupo para que pidiera al Señor que de una manera extraordinaria, es decir, carismática, confirmara el conocimiento que de manera ordinaria había adquirido. Después de un rato de oración, una persona, que no había hablado con el hombre en cuestión, ni lo conocía, dijo con mucha seguridad, exactamente lo que yo había discernido por el diálogo. Se manifestó entonces, el carisma del discernimiento del que habla San Pablo en 1 Corintios 12, 10. La mejor prueba de este conocimiento obtenido por el arte de discernimiento y confirmado carismáticamente es el testimonio de este hombre: basado en estos datos le ayudamos a liberarse de ataduras que sufría desde hacía 15 años. Hoy cuenta con gran naturalidad la libertad espiritual

que entonces adquirió. He contado este caso. Pero no necesariamente todo conocimiento obtenido de manera ordinaria deba confirmarse de manera extraordinaria o al revés. Dios puede utilizar cualquiera de las dos maneras para darnos a conocer "espíritus" y así venir en ayuda nuestra o de otros. Eso sí, debemos aspirar al arte de discernir, y bendito sea Dios si nos concede además, el carisma de discernimiento o lo concede a algunos de los que trabajan con nosotros.

4. Aprendiendo a discernir

Todo arte se aprende. El de discernimiento también.

La última vez que pasé por algo semejante fue en mi rato de oración diaria. Recuerdo que ese día la hice en la Basílica. Se presentó una paz como tan sensible y la presencia de Cristo parecía tan real, como si estuviera allí en su propio Cuerpo. Después discerní y descubrí que esa paz "del ángel de luz" es siempre pesada, no suave como la de Dios, y sumerge a uno en una especie de sopor nada agradable y la presencia de Cristo en la oración verdadera es de una manera tan diferente, no impuesta ni cargante.

Discernimiento espiritual es un conocimiento íntimo que nos hace distinguir y diferenciar qué viene del Espíritu de Dios, qué viene del espíritu malo y qué viene de nuestro propio espíritu humano.

Pero antes de este discernimiento más profundo descubrí el engaño por "los frutos y efectos" que quedaron en mí. Al terminar, salí mal, intranquilo. Al encontrarme con algunas personas sentía repulsión (cosa que va en contra de mi manera normal de ser) y no quería estar con ellas. Igualmente, un gran desaliento interior para el trabajo que debía comenzar. Recordé, en seguida, todos los conocimientos adquiridos y mis experiencias desde los años del Seminario y me dije: Mi encuentro no ha sido con Dios. Satán se acaba de vestir de ángel de luz. Porque Dios siempre deja paz, aliento y entusiasmo para seguir trabajando, gozo para servir a los demás (la oración nunca aleja del hombre, todo lo contrario: lo empuja al amor de hermanos).

Bastó este simple descubrimiento para que aquellos sentimientos negativos empezaran a desaparecer. Fomenté entonces, pensamientos según los frutos del Espíritu Santo y salí beneficiado y fortalecido al vencer al tentador. Volví, también, a recordar el viejo principio bíblico de la vigilancia porque "el diablo anda, como león rugiente, buscando a quien devorar". Creció en mi la humildad y el convencimiento de que a medida que uno va descubriendo las trazas del maligno y lo va venciendo con el poder de Dios, se crece en el Espíritu y él se va alejando, demostrando con ello que "la bestia no es tan fiera como ella misma se pinta".

(continuará en el próximo número)